

principal en virtud del cuál se debe enjuiciar axiológicamente un sistema sociopolítico); y un mayor desarrollo de su tesis sobre la imposibilidad de una sociología descriptiva. También lamentarnos la ausencia de algunas observaciones más extensas desde el plano específico de la sociología política: Parsons, ¿identifica el poder con el poder político? ¿Confunde el poder «que debe ser» con el poder «que es»? Son preguntas que quedan pendientes de acabada respuesta. Lo que no carece de explicación, cuando en una obra de doscientas ochenta páginas se dedican sólo cincuenta y una a hacer el análisis crítico de la doctrina descrita.

Ilustrativos gráficos y una completa bibliografía coronan una obra clara y didáctica sobre un pensador complejo y profundo, que será de gran utilidad para todo aquél que desee introducirse o profundizar en la sociología, general y/o política, y en especial en la de Talcott Parsons.

Mariano G. Morelli

TERENCE IRWIN, *Plato's Ethics*. Oxford University Press. New York-Oxford 1994. XX + 444 páginas. ISBN 0-19-508645-7.

El autor, profesor de la Universidad de Cornell, nos ofrece una exposición tan voluminosa como detallada sobre el conjunto general de la filosofía moral platónica. A lo largo de su estudio, Irwin desea ensayar sendas respuestas a dos interrogantes que considera descollantes en el esquema elaborado por Platón en el contexto integral de su ética. El primer interrogante es éste: ¿cómo debemos vivir?. El segundo: ¿cómo podemos conocer cómo debemos vivir? (p. 3). Si a simple vista la concentración del estudio en la búsqueda de las respuestas a estas preguntas tal vez pudiera parecer un expediente reduccionista poco aconsejable, no se puede ignorar, por otra parte, que el autor ha calado en un dato que no solamente reviste la mayor importancia en el esquema de la filosofía práctica platónica, sino que también lo posee dentro del consenso del pensamiento griego de la antigüedad: la ética es la ciencia del bien vivir de los hombres, quienes no habrían de sobre llevar una vida acorde con las reglas morales si no conocieran explícitamente en qué consisten tales preceptos.

Irwin comienza su trabajo con una investigación preambular sobre los diálogos de Platón destacando el papel que desempeñan las citas y las obras del jefe de la Academia en el *Corpus aristotelicum*. Los juicios de Aristóteles se convierten así en nuestra primera información en torno del sentido que desde antaño se han asignado a aquellos escritos que caracterizan tan peculiarmente el estilo platónico en lo que atañe a la exposición de las opiniones filosóficas. Con acertado criterio, el autor se preocupa igualmente en tratar de averiguar la significación que Platón ha atribuido a Sócrates como protagonista central de los discursos contenidos en dichos diálogos. El «Sócrates» de estas piezas literarias del maestro ateniense, en opinión de Irwin, ejerce una función relevante en el espíritu con que Platón ha encarado la manifestación pública de su filosofía (pp. 3-6). El valor del método socrático acogido por el pensamiento de su discípulo no puede desmerecerse, sobre todo cuando se descubre el relieve que alcanza el procedimiento de la definición en el orden cognoscitivo. Pero el método de Sócrates absorbido en los diálogos platónicos no deja de brindar algunos inconvenientes para su congrua adaptación a las exigencias del saber filosófico, incluso en materia ética (pp. 17-30). No obstante, es evidente que Platón no ha sido insensible al énfasis que Sócrates ha puesto en el valor de la virtud a la manera del núcleo de la vida moral tanto del individuo singularmente considerado como del hombre en su convivencia social (pp. 31-51). Hay en Platón un verdadero eudemo-

nismo, a tal punto que el enderezamiento humano a la felicidad se le da como algo absolutamente evidente en sí mismo: «In the *Euthydemus* Socrates takes eudaemonism to be so obviously true that he does not explain why accepts it» (p. 53). Para comprender esta faz de la ética platónica es necesario adentrarse en el examen de la felicidad en sus relaciones con la sabiduría y con la fortuna (pp. 52-64). Todo parece indicar, empero, que ciertos textos de Platón darían la impresión de que en la vida moral la virtud cumpliría un cometido apenas instrumental con respecto a la obtención de la felicidad (cfr. pp. 65-77). Con todo, Irwin estima que ello no impide ver en el socratismo de la ética platónica algo más que una defensa circunstancial y amenguada del valor de la virtud. Anotemos este pasaje: «If, then, Socrates appeals to eudaemonism and to an instrumental conception of the relation between virtue and happiness, he has a clear and intelligible method of arguing for the rationality of the moral virtues. If he denies that virtue is simply instrumental to happiness, an appeal to happiness may not settle disputes about rationality of the moral virtues; for disputes about the virtues may simply reveal disagreement about the character of happiness» (p. 68). Los análisis del *Protágoras* dan ocasión para apreciar qué lugar ocupa el hedonismo en la vida del espíritu, rasgo éste que no siempre ha sido debidamente justipreciado, pues el mismo Aristóteles, según Irwin (p. 91), habría pasado por alto su oportuna consideración (pp. 78-94). El *Gorgias*, en cambio, nos introduce en la temática que concierne a los nexos de la felicidad con la virtud de la justicia (pp. 95-126). En el *Menón*, por otro lado hallamos un «eudemonismo psicológico» ligado a la actividad cognoscitiva y a la misión reservada a las tareas pedagógicas (pp. 127-147).

El capítulo décimo está consagrado a la teoría platónica de las formas (pp. 148-168). Esta parte del trabajo de Irwin merece encomiarse de un modo especial, porque allí el autor describe con precisión los presupuestos metafísicos y gnoseológicos en que Platón ha asentado integralmente sus proposiciones formalmente éticas, esto es, algo cuya ausencia o cuya escasa profundidad cabe extrañar en muchas presentaciones historiográficas contemporáneas de la moral académica, sin excluir a algunas de notorio prestigio. En los siete capítulos subsiguientes Irwin se aboca a desmenuzar la ética imbricada en el escrito capital del testamento doctrinal de nuestro filósofo: la *República* (pp. 169-297). La investigación de Irwin acerca del amor platónico, a su turno, le lleva a abundar sobre la función reguladora o regitiva que deben ejercer quienes se han munido del saber filosófico. Sin embargo, Irwin piensa que este aspecto de la ética platónica encubre una cierta dosis de oscuridad; tal, al menos, la sensación a que se arribaría después de una revisión exhaustiva de algunos textos de la *República* comparados con las tesis principales sostenidas a lo largo de este escrito (p. 301). En este lugar, Irwin comenta con agudeza el sentido que Platón ha conferido a la figura del filósofo-gobernante (pp. 298-317). No menos provechosa es la lectura del capítulo posterior donde el autor se empeña en mostrar la jerarquía del placer y del conocimiento intelectual en relación con el bien, el idea suprema de la metafísica y de la filosofía moral platónicas (pp. 318-338). Por fin, el último capítulo del libro («Reason and Virtue», pp. 339-353) viene a clausurar este enjundioso ensayo sobre la ética de Platón, entre cuyos párrafos Irwin dedica dos a compulsar la perfecciones de la virtud y de la sabiduría a la luz de algunos textos de la *República* y de las *Leyes* acerca de cuya concordancia teórica se plantean diversas dudas.

Es éste, pues, un aporte sobresaliente entre los estudios en derredor de la moral platónica aparecidos en nuestros días, al cual, en razón de su escritura clara, concisa y erudita, cabe augurarle una fecunda trayectoria de aquí en más.